

IV CONGRESO EUCHARÍSTICO NACIONAL
Symposium de Teología Eucarística

Foro: Eucaristía y solidaridad

EUCARISTÍA Y SOLIDARIDAD
Las provocaciones del Magisterio de la Iglesia

Pbro. Edwin Aguiluz Milla
San José, Costa Rica
16/04/2013

Tres premisas de la reflexión

Primera: aunque *eucaristía* y *solidaridad* son términos que expresan conceptos distintos, debemos cuidarnos de considerarlos como dos esferas u objetos enteramente diferentes interrelacionados. Si bien es cierto que puede haber una solidaridad no eucarística –es decir, la solidaridad no se agota en la eucaristía–, ni es exclusiva de quienes participan de la eucaristía, esta es, en su naturaleza, solidaria –aunque no se agota en la solidaridad–. La solidaridad es, en términos teológicos, una nota de la eucaristía; no es un accesorio suyo, sino uno de sus componentes esenciales, de tal modo que sin ella, no solo estaría incompleta, sino que dejaría de ser el sacramento que conocemos. Es como, hablando analógicamente, si a la Iglesia le sustrajéramos su cabeza, Cristo, o que le quitáramos el Cuerpo, los fieles: dejaría de ser Iglesia.

Segunda: atañe al el sentido de la palabra *solidaridad* presupuesto en estas páginas. De modo claro, pero profundo, y hermoso, pero inquietante, lo formuló el beato Juan Pablo II en la encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* (n.º 38), en la que sostuvo que la solidaridad

no es [...] un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos.

¿Y cuál es la especificidad de esta determinación desde el punto de vista de las ciencias del espíritu: principio social, deber, valor, actitud moral y social, o virtud? En realidad, todo ello, como nos enseña el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia¹.

Tercero: la solidaridad de las y los cristianos, adquiere su más elevada expresión como virtud en el amor². De ahí que siempre que se hable de eucaristía y caridad, estamos necesariamente hablando de eucaristía y solidaridad.

¹ Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, n. 193-195 y SRS 38.

² Lo afirmamos en evocación de lo que el beato Juan Pablo II, al referirse a los contactos entre la solidaridad y la caridad, afirmó: “A la luz de la fe, la solidaridad tiende a superarse a sí misma, al revestirse de las dimensiones específicamente cristianas de gratuidad total, perdón y reconciliación. Entonces el prójimo no es solamente un ser hu-

1. La Eucaristía, sacramento de la solidaridad

La solidaridad es inherente a la naturaleza de todos los sacramentos. Pero, al de la eucaristía, por ser “fuente y culmen de toda la vida cristiana” (LG 11), podemos llamarlo, sin reparo, *el sacramento de la solidaridad*. De ello dan testimonio importantes enseñanzas magisteriales contemporáneas, desde el Concilio Vaticano II, de las que estas páginas desean ser una resonancia. Dado que otras reflexiones de este foro sobre Eucaristía y Solidaridad en el *Symposium* se harán desde los puntos de vista bíblico, psicoespiritual y sociopastoral, nos concentramos de modo exclusivo en las enseñanzas del magisterio eclesial.

Un ejercicio en esta línea lo hicieron Mons. Ángel San Casimiro y la Comisión Nacional de Pastoral Social-Caritas, que él preside, en una reciente una reflexión, titulada *¿Tiene consecuencias políticas la Eucaristía?* (29 de enero del 2013). En ella compendiaron algunos textos de la Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis*, del papa Benedicto XVI, que asumiremos en esta reflexión y los complementaremos con otros provenientes de otras fuentes magisteriales.

Pedimos disculpas por la abundancia de citas textuales, en la que incurrimos deliberadamente, puesto que deseamos que este documento permita tener a la mano textos de tantísima importancia y exigencia, que nos resultan altamente provocadores.

Al aproximarnos a los textos mencionados, descubrimos, sin pretensiones de exhaustividad, que la eucaristía es el sacramento de la solidaridad porque:

- ✓ la *realiza*,
- ✓ la *enciende*,
- ✓ la *nutre*,
- ✓ la *enseña* y
- ✓ la *celebra*.

Vamos a examinar estos puntos, que son como cinco nudos fundamentales en el tejido del magisterio eclesial sobre el tema de nuestra reflexión.

1.1. La eucaristía *realiza* la solidaridad

La realiza por cuanto no solo es un recuerdo, sino, también, expresión y realización actual de la radical solidaridad de Jesucristo con la humanidad, como lo expresa, en las plegarias eucarísticas, el término memorial³: “de la muerte gloriosa de Jesucristo” (I), “de la muerte y resurrección de tu

mano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo. Por tanto, debe ser amado, aunque sea enemigo, con el mismo amor con que le ama el Señor, y por él se debe estar dispuesto al sacrificio, incluso extremo: ‘dar la vida por los hermanos’ (cf. 1 Jn 3, 16)” (SRS 40).

³ El concepto de memorial es condensado por liturgista alemán Burkhard Neunheuser en estos términos: “Constataremos un consenso muy amplio, una *sententia communis* (por así decir): el memorial es un concepto que expresa de modo excelente la doctrina de toda la tradición eclesial sobre el sacrificio de la misa en su relación con el sacrificio de la cruz. Nuestro culto es el memorial del Señor hecho con palabras y con una acción sacramental. Esto es

Hijo” (II), “de la pasión salvadora de tu Hijo” (III), “de nuestra redención” (IV), “de nuestra reconciliación” (V/a).

En efecto, Jesucristo, que sigue actuando en el sacramento de la Eucaristía, es llamado por el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia “el Hombre nuevo, solidario con la humanidad hasta la ‘muerte de cruz’ (Flp 2,8)”⁴, de la que, insistimos, es *memorial la Eucaristía*. Notemos que el “hasta” significa que esta es el punto máximo de su solidaridad, pero que es inseparable de toda la vida encarnada del Verbo.

Juan Pablo II en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia* menciona las sombras de nuestro tiempo, que nos urgen a “trabajar por la paz”, “poner premisas sólidas de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos” y “defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural”. Se refiere, también, a nuestro mundo “globalizado”, en el que “los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar”. Ante ello, afirma: “En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada por su amor” (n.º 20). Así, pues, el Señor sigue presente solidariamente con la humanidad. Presencia solidaria, además, que genera compromiso solidario, como manifiesta el Papa en lo que sigue al texto citado:

Es significativo que el Evangelio de Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando así su sentido profundo, el relato del “lavatorio de los pies”, en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio (cf. Jn 13, 1-20). El apóstol Pablo, por su parte, califica como “indigno” “de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor, si se hace en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres (Cf. 1 Co 11, 17.22.27.34).

Anunciar la muerte del Señor “hasta que venga” (1 Co 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo “eucarística”. Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22, 20).

Benedicto XVI en el *Discurso inaugural* en la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe expresó de una manera vital la experiencia de encuentro actual con Cristo, presente solidariamente entre nosotros en todo momento, en particular en la eucaristía:

Es necesario que los cristianos experimenten que no siguen a un personaje de la historia pasada, sino a Cristo vivo, presente en el hoy y el ahora de sus vidas. Él es el Viviente que camina a nues-

verdad, en primer lugar, a propósito de la acción de la eucaristía: ésta es memorial de la muerte y resurrección del Señor. Tal memorial –en virtud del Espíritu Santo, conforme a la promesa del Señor, por medio de la fe– es un memorial real, que hace presente de manera eficaz y dinámica la acción salvífica de Cristo (muerte y resurrección, es decir, el ofrecimiento sacrificial de Cristo como núcleo de toda su acción salvífica) no sólo en el recuerdo subjetivo, sino en la realidad objetiva. Nosotros, al hacer este memorial, por medio de él tomamos parte en la donación sacrificial de Cristo, somos insertados en ella; más aún, en Cristo, con Cristo y por Cristo ofrecemos su sacrificio al Padre, ahora como sacrificio nuestro. El sacrificio único de la cruz no se repite; sin embargo, en el memorial está él presente, se nos da *hic et nunc* para nuestra salvación y para gloria de Dios Padre” (voz “Memorial”, en: D. Sartore, D. y Triacca, Achille M. [eds.]. *Nuevo Diccionario de Liturgia*. 2.ª ed. Madrid: San Pablo, 1987: pp. 1253-1272; p. de la referencia: 1271).

⁴ CDSI 196.

tro lado, descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta, entrando en nuestras casas y permaneciendo en ellas, alimentándonos con el Pan que da la vida. Por eso la celebración dominical de la Eucaristía ha de ser el centro de la vida cristiana (n.º 4).

En la eucaristía, en resumen, se experimenta de modo actual y vivo la solidaridad de Cristo. En este sentido, me parece hondamente ilustrativa la tan conocida vivencia del cardenal F. X. Nguyen van Thuan, privado de su libertad cuando acababa de ser nombrado obispo coadjutor de Saigón, Vietnam. Recapitulando su experiencia en prisión, puso su mirada en un texto de la *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesárea que reproduce un fragmento de una carta de Dionisio de Alejandría. En esta, el gran obispo hacía referencia a que, aunque expulsados, perseguidos y entregados a muerte, celebraban la fiesta –quizá la eucaristía, como interpreta van Thuan, al sustituir por puntos suspensivos la palabra “fiesta”–: “Cada lugar donde se sufría era para nosotros un sitio para celebrar..., ya fuese un campo, un desierto, un barco, una posada, una prisión”. Justamente, aquella experiencia del siglo III era la misma que él tuvo en sus 13 años de encarcelamiento, especialmente cuando celebraba la misa con “tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano”, que se convirtió en su “altar y catedral”⁵.

1.2. La eucaristía enciende la solidaridad

La enseñanza conciliar afirma que “... la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo” (SC 10). Es una vivísima imagen para expresar que la Eucaristía provoca la solidaridad. Es en esta línea en la que son más abundantes las enseñanzas magisteriales sobre el tema que nos ocupa. Uno de los términos que utilizan los papas es el de “impulso”, como lo muestran las siguientes palabras de Juan Pablo II en su Carta Apostólica *Mane nobiscum domine*, con ocasión del Año de la Eucaristía octubre 2004-octubre 2005:

Hay otro punto aún sobre el que quisiera llamar la atención, porque en él se refleja en gran parte la autenticidad de la participación en la Eucaristía celebrada en la comunidad: se trata de su impulso para *un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna*. Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio: “Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc 9,35). No es casual que en el Evangelio de Juan no se encuentre el relato de la institución eucarística, pero sí el “lavatorio de los pies” (cf. Jn 13,1-20): inclinándose para lavar los pies a sus discípulos, Jesús explica de modo inequívoco el sentido de la Eucaristía. A su vez, san Pablo reitera con vigor que no es lícita una celebración eucarística en la cual no brille la caridad, corroborada al compartir efectivamente los bienes con los más pobres (cf. I Co 11,17-22.27-34) (n.º 28).

Benedicto XVI, en el número 89 de *Sacramentum Caritatis*, relaciona el trabajo de la transformación de las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, con la eucaristía, de modo que esta, “a través de la puesta en práctica de este compromiso, transforma en vida lo que ella significa en la celebración” (n.º 89). Esta idea se profundiza en el n.º 91:

⁵ F. X. Nguyen van Thuan. *Testigos de la esperanza. Ejercicios espirituales dados en el Vaticano en presencia de S. S. Juan Pablo II*. 7.ª ed. Buenos Aires: Ciudad Nueva, 2009: 24.

El misterio de la Eucaristía nos capacita e impulsa a un trabajo audaz en las estructuras de este mundo para llevarles aquel tipo de relaciones nuevas, que tiene su fuente inagotable en el don de Dios. La oración que repetimos en cada santa Misa: ‘Danos hoy nuestro pan de cada día’, nos obliga a hacer todo lo posible, en colaboración con las instituciones internacionales, estatales o privadas, para que cese o al menos disminuya en el mundo el escándalo del hambre y de la desnutrición que sufren tantos millones de personas, especialmente en los países en vías de desarrollo.

Benedicto XVI, poco menos de tres meses después de la publicación de *Sacramentum Caritatis*, planteó en su Discurso Inaugural en Aparecida que la eucaristía impulsa, despierta y hace brotar la solidaridad:

El encuentro con Cristo en la Eucaristía suscita el compromiso de la evangelización y el impulso a la solidaridad; despierta en el cristiano el fuerte deseo de anunciar el Evangelio y testimoniarlo en la sociedad para que sea más justa y humana. De la Eucaristía ha brotado a lo largo de los siglos un inmenso caudal de caridad, de participación en las dificultades de los demás, de amor y de justicia. ¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y El Caribe para que, además de ser el continente de la esperanza, sea también el continente del amor! (n.º 4).

La enseñanza social de la Iglesia utiliza también la expresión *fruto* para referirse a los alcances sociales de la Eucaristía. Así, el n.º 539, el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, a propósito del compromiso social de los obispos, con la ayuda de los sacerdotes, los/las religiosos/as y los/las laicos/as, afirma:

Mediante las celebraciones sacramentales, en particular de la Eucaristía y la Reconciliación, el sacerdote ayuda a vivir el compromiso social como fruto del Misterio salvífico. Debe animar la acción pastoral en el ámbito social, cuidando con particular solicitud la formación y el acompañamiento espiritual de los fieles comprometidos en la vida social y política. El presbítero que ejerce su servicio pastoral en las diversas asociaciones eclesiales, especialmente en las de apostolado social, tiene la misión de favorecer su crecimiento con la necesaria enseñanza de la doctrina social.

Desde este punto de vista, la norma canónica que nos compromete a todos los fieles cristianos “a promover la justicia social, así como, recordando el precepto del Señor, ayudar a los pobres con sus propios bienes” (CIC 222 2), no puede ser visto como una mera obligación, sino, ante todo, como consecuencia natural del sacramento de la eucaristía.

1.3. La eucaristía nutre la solidaridad y la hace crecer

Jesús es alimento. Insistentemente lo dice el capítulo 6 de san Juan: él es ἄρτος (*artos*), pan de trigo; en definitiva, comida. Sin alimento, el ser humano perece. Sin Cristo, como alimento, perecemos. Mediante la Eucaristía, Jesús nos alimenta, nos nutre, nos fortalece, en general, y en nuestra solidaridad, en particular. La relación entre el alimento que es Jesús y la solidaridad de sus seguidores y seguidoras la expresó Benedicto XVI en *Sacramentum caritatis*:

El alimento de la verdad nos impulsa a denunciar las situaciones indignas del hombre, en las que a causa de la injusticia y la explotación se muere por falta de comida, y nos da nueva fuerza y ánimo para trabajar sin descanso en la construcción de la civilización del amor (n.º 90).

Así, pues, la eucaristía, además de *provocar y encender, fortalece y anima* la solidaridad de quienes participamos en ella. Juan Pablo II utilizó una expresión que se suma a la comprensión de esta dimensión: nos da *energías*:

Quienes participamos de la Eucaristía estamos llamados a descubrir, mediante este Sacramento, el *sentido* profundo de nuestra acción en el mundo en favor del desarrollo y de la paz; y a recibir de él las energías para empeñarnos en ello cada vez más generosamente, a ejemplo de Cristo que en este Sacramento da la vida por sus amigos (cf. *Jn* 15, 13). Como la de Cristo y en cuanto unida a ella, nuestra entrega personal no será inútil sino ciertamente fecunda (SRS 48).

Concluimos este apartado recordando que la transformación de las relaciones sociales por incidencia de los cristianos y cristianas que celebran se debe, en primer lugar a que “en la Eucaristía, se nutren las nuevas relaciones evangélicas que surgen de ser hijos e hijas del Padre y hermanos y hermanas en Cristo” (DA 158).

1.4. La eucaristía *enseña* la solidaridad

Los papas Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI utilizaron otra imagen que nos ayuda a comprender que la eucaristía nos hace crecer en la solidaridad: aquélla es *escuela* de esta. Dado que *escuela* dice relación a *formación*, un antecedente de esta idea la encontramos en el decreto conciliar *Presbyterorum Ordinis*, que afirma que por la celebración de la eucaristía, “raíz y quicio” de la comunidad cristiana, hay “que empezar toda la formación para el espíritu de comunidad”. Pero esta celebración requiere ser “sincera y cabal”, y para ello “debe conducir lo mismo a las obras de caridad y de mutua ayuda de unos para con otros, que a la acción misional y a las varias formas del testimonio cristiano” (PO 6).

Pablo VI lo recordaba el cardenal van Thuan a la Curia Romana, “acuñó este estupendo programa: ‘Hacer de la misa una escuela de profundidad espiritual y una tranquila pero comprometida palestra de sociología cristiana’”⁶. Juan Pablo II se refirió a la eucaristía como escuela en el último acto del XLV Congreso Eucarístico Internacional:

La Eucaristía es la gran escuela del amor fraterno. Quienes comparten frecuentemente el pan eucarístico no pueden ser insensibles ante las necesidades de los hermanos, sino que deben comprometerse en construir todos juntos, a través de las obras, la civilización del amor. La Eucaristía nos conduce a vivir como hermanos; sí, la Eucaristía nos reconcilia y nos une; no cesa de enseñar a los hombres el secreto de las relaciones comunitarias y la importancia de una moral fundada sobre el amor, la generosidad, el perdón, la confianza en el prójimo, la gratitud⁷.

Juan Pablo II volvió a utilizar la imagen de la eucaristía como escuela en *Mane nobiscum Domine*:

La Eucaristía no sólo es expresión de comunión en la vida de la Iglesia; es también *proyecto de solidaridad* para toda la humanidad. En la celebración eucarística la Iglesia renueva continuamente

⁶ *Ibid.*, p. 151.

⁷ *Discurso del Santo Padre Juan Pablo II con motivo de la inauguración de la “Residencia San Rafael”. Dos Hermanas, Sevilla. Domingo 13 de junio de 1993.*

te su conciencia de ser “signo e instrumento” no sólo de la íntima unión con Dios, sino también de la unidad de todo el género humano. La Misa, aun cuando se celebre de manera oculta o en lugares recónditos de la tierra, tiene siempre un carácter de universalidad. El cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a ser *promotor de comunión, de paz y de solidaridad* en todas las circunstancias de la vida. La imagen lacerante de nuestro mundo, que ha comenzado el nuevo Milenio con el espectro del terrorismo y la tragedia de la guerra, interpela más que nunca a los cristianos a vivir la Eucaristía como *una gran escuela de paz*, donde se forman hombres y mujeres que, en los diversos ámbitos de responsabilidad de la vida social, cultural y política, sean artesanos de diálogo y comunión (n.º 27).

Benedicto XVI, por su parte, dijo: en el n.º 91 de *Sacramentum Caritatis*: “El cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente su propia responsabilidad política y social.” Para esto, debe ser preparado “mediante una educación concreta para la caridad y la justicia”, lo que requiere “promover la doctrina social de la Iglesia y darla a conocer en las diócesis y en las comunidades cristianas”.

Aunque sin referencias explícitas, esta idea resonó en el Documento de Aparecida: “la Eucaristía, en la cual se fortalece la comunidad de los discípulos, es para la Parroquia una escuela de vida cristiana” (DA 175).

1.5. La eucaristía celebra la solidaridad

La gratitud es un elemento fundamental de la celebración eucarística, tanto así que le otorga su nombre al sacramento ya desde finales del s. I, en la *Didaché*, y, más claramente, en el s. II, en san Ignacio de Antioquía⁸. Juan Pablo II, en el mencionado discurso en Sevilla afirmaba:

La Eucaristía, que significa acción de gracias, nos hace comprender la necesidad de la gratitud; nos lleva a entender que hay más alegría en dar que en recibir; nos impulsa a dar la primacía al amor en relación con la justicia, y a saber agradecer siempre, incluso cuando se nos da lo que por derecho nos es debido.

El mismo papa afirmó que “el Reino de Dios se hace, [...], *presente* ahora, sobre todo en la celebración del *Sacramento de la Eucaristía*, que es el Sacrificio del Señor” (SRS 48). Es, por lo tanto, fiesta del Reino, banquete del Reino, y este es la concreción de la solidaridad de Dios con la humanidad. Por eso es Buena Nueva, sobre todo para los pobres (Lc 4, 18). José Aldazábal⁹ evoca un texto de la carta cuaresmal de Juan Pablo II en 1991 que profundiza este alcance de la dimensión celebrativa de la eucaristía:

Es aquí, en el sacramento en el que la Iglesia celebra la profundidad de su propia fe, donde debemos tomar conciencia de la condición de Cristo pobre, sufriente, perseguido. Jesucristo, que tanto nos ha amado hasta dar su propia vida por nosotros y que se nos da en la Eucaristía como alimento de vida eterna, es el mismo que nos invita a reconocerlo en la persona y en la vida de aquellos pobres con los cuales Él ha manifestado su plena solidaridad¹⁰.

⁸ Borobio, Dionisio. *Eucaristía*. Madrid, BAC, 2000: 52-54.

⁹ Aldazábal, José. *Eucaristía y fraternidad*. 2.ª ed. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2000: 62.

¹⁰ El texto también puede ser consultado en línea: URL:

En el mismo número cita un texto de los comentarios de san Juan Crisóstomo (347-407) al evangelio de san Mateo, que de modo más extenso retoma en *Ecclesia de Eucharistia* (n.º 20, nota 34):

¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo encuentres desnudo en los pobres, ni lo honres aquí en el templo con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: “esto es mi cuerpo”, y con su palabra llevó a realidad lo que decía, afirmó también: “Tuve hambre y no me disteis de comer”, y más adelante: “Siempre que dejasteis de hacerlo a uno de estos pequeñuelos, a mí en persona lo dejasteis de hacer” [...]. ¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo.

Aunque la eucaristía siempre es acción de gracias por la solidaridad divina y humana, hay momentos que lo recuerdan especialmente. Así, por ejemplo, Borobio nos dirige la mirada a algunos prefacios eucarísticos que lo abordan específicamente¹¹. ¡Cómo no recordar el prefacio de la plegaria eucarística V/c!:

Te damos gracias, Padre fiel y lleno de ternura, porque tanto amaste al mundo, que le has entregado a tu Hijo, para que fuera nuestro Señor y nuestro hermano. Él manifiesta su amor para con los pobres y los enfermos, para con los pequeños y pecadores. Él nunca permaneció indiferente ante el sufrimiento humano; su vida y su palabra son para nosotros la prueba de tu amor; como un Padre siente ternura por sus hijos, así tú sientes ternura por tus fieles.

Pero no todo en la fiesta eucarística es gratitud. También ella es expresión de anhelo y de súplica para que crezca la solidaridad:

Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando (PE V/b).

Concédenos tu Espíritu, para que desaparezca todo obstáculo en el camino de la concordia, y la Iglesia resplandezca en el camino de los hombres como signo de unidad e instrumento de tu paz (PE sobre la Reconciliación II).¹²

No deseo cerrar este apartado sobre la celebración de la eucaristía sin recordar que, justamente su dimensión solidaria vivida es la que determina su autenticidad, como expresa Juan Pablo II en *Mane nobiscum Domine*:

No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. *Jn* 13,35; *Mt* 25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas (n.º 28).

http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/messages/lent/documents/hf_jp-ii_mes_19900908_lent-1991_sp.html. Fecha de acceso: 14/04/2013.

¹¹ Borobio, *Eucaristía*, *op. cit.*: 390-394.

¹² *Ibid.*: 392.

2. ¿Cómo hacer vida la dimensión solidaria de la Eucaristía?

Queda claro que la Eucaristía hace experimentar, provoca, enciende, despierta, impulsa, nutre, energiza, anima, hace fructificar, capacita/forma y celebra la solidaridad. Esta se traduce en el empeño por el bien común, compartir los bienes, luchar contra el hambre, trastocar los criterios de dominio prevalecientes en el mundo, comprometerse en la lucha por la justicia y contra la explotación, por el desarrollo humano integral y verdadero, por la paz, por la transformación del mundo en una sociedad equitativa, fraterna, justa y más humana, en definitiva, en la civilización del amor. Cada uno y cada una, sobre todo como comunidad, debemos preguntarnos si este *compromiso social* es notorio en nuestra vida. Si la respuesta fuera negativa, ¿a qué se debe? Difícilmente alguien ponga en duda que la causa no haya que buscarla en un fallo de la gracia divina, la gracia sacramental, o, para decirlo en términos sacramentológicos clásicos, de la eficacia *ex opere operato*. Podría deberse, más bien, a deficiencias humanas, es decir, al ámbito del *ex opere operantis*. En este sentido, ¿dependerá de la catequesis litúrgica, o de la preparación de la celebración y sus componentes, como las moniciones, la homilía, las preces, la selección de la plegaria...? Como en todo lo anterior, sin pretensión de totalidad, sugiero tres aspectos.

2.1. La espiritualidad y la mística

En el fondo, no depende primariamente de una estrategia en la preparación de la liturgia eucarística, sino de la espiritualidad y la mística. Nótese que decimos “primariamente”, por cuanto la celebración litúrgica, como señala Borobio, es una fiesta que, como toda fiesta, debe ser preparada con esmero¹³. La “espiritualidad eucarística profunda” “puede incidir también de manera significativa en el campo social”, dijo Benedicto XVI. Pero hay una condición para desarrollarla: “que el cristiano tenga conciencia de que, al dar gracias por medio de la Eucaristía, lo hace en nombre de toda la creación, aspirando así a la santificación del mundo y trabajando intensamente para tal fin” (n.º 92). Así, por lo tanto, la “gratitud eucarística” está asociada a un “trabajo intenso” en favor de la santificación del mundo.

El documento de Mons San Casimiro y su equipo, antes citado, nos envía también al n.º 14 de *Deus Caritas Est*, en el que Benedicto XVI usa una expresión emparentada a la de “espiritualidad eucarística”: la “mística” del sacramento de la eucaristía, que tiene un “carácter social”. Este sentido místico lo podemos profundizar desde la identificación de Cristo con los pobres, como recordaba el retador texto de san Juan Crisóstomo antes citado. En efecto, el Catecismo de la Iglesia Católica señala: “La eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres. Para recibir en la verdad el cuerpo y la sangre de Cristo entregados por nosotros, debemos reconocer a Cristo en los más pobres sus hermanos” (n. 1397). Es natural que alguien que conoce a Cristo, lo *re-conoce* en los pobres y sufrientes, y, por ende, sabe que es el mismo Cristo con el que se encuentra en la eucaristía. Alguien así no puede disociar al Cristo “de la misa” del Cristo “de la calle”.

2.2. Maduración de la fe

Evidentemente, la espiritualidad cristiana tiene que ver con el proceso de maduración en la fe. Y esta requiere de educación permanente, de una *catequesis integral*, que no sufra de la fractura de

¹³ Borobio, Dionisio. *Celebrar para vivir. Liturgia y sacramentos de la Iglesia*. Salamanca: Sígueme, 2003: 24.

la acción pastoral de la Iglesia en tres áreas desconectadas (profética, litúrgica y social), derivada de una inadecuada comprensión del triple ministerio de Cristo (profético, sacerdotal y real). El documento de Aparecida nos ayuda a comprenderlo, cuando afirma: “Siguiendo el ejemplo de la primera comunidad cristiana (cf. Hch 2, 46-47), la comunidad parroquial se reúne para partir el pan de la Palabra y de la Eucaristía y perseverar en la catequesis, en la vida sacramental y la práctica de la caridad” (DA n.º 175). Este texto expresa bien lo que algunos teólogos vienen afirmando acerca de la vida eclesial como la realización de una comunidad (*koinonia*) que escucha de la Palabra y la enseña (*didascalía* o profecía), ante todo testimonialmente (*martyria*), que celebra la fe (*leitourgia*) y sirve solidariamente a los más necesitados (*diakonía*).

En el Documento de Aparecida son copiosas las orientaciones sobre la integralidad de los procesos pastorales, en general, y catequéticos, en particular. Así, en el n. 400, expresan los obispos:

Queremos, por tanto, desde nuestra condición de discípulos y misioneros, impulsar en nuestros planes pastorales, a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia, el Evangelio de la vida y la solidaridad. Además, promover caminos eclesiales más efectivos, con la preparación y compromiso de los laicos para intervenir en los asuntos sociales (n.º 400).

Específicamente, sobre los procesos catequéticos, el Documento de Aparecida afirma:

La catequesis no puede limitarse a una formación meramente doctrinal sino que ha de ser una verdadera escuela de formación integral. Por tanto, se ha de cultivar la amistad con Cristo en la oración, el aprecio por la celebración litúrgica, la vivencia comunitaria, el compromiso apostólico mediante un permanente servicio a los demás. Para ello, resultarían útiles algunos subsidios catequéticos elaborados a partir del Catecismo de la Iglesia Católica y del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, estableciendo cursos y escuelas de formación permanente para catequistas (n.º 299)¹⁴.

Refiriéndose a la pastoral con la juventud, el Documento de Aparecida expresa claramente cómo una “catequesis atractiva para los jóvenes” los puede “introducir en el conocimiento del misterio de Cristo, y se buscará mostrarles la belleza de la Eucaristía dominical, que los lleve a descubrir en ella a Cristo vivo y el misterio fascinante de la Iglesia” (446 d). Esta “pastoral de juventud”, así entendida, integralmente, ayudará a las personas jóvenes “a formarse, de manera gradual, para la acción social y política y el cambio de estructuras, conforme a la Doctrina Social de la Iglesia, haciendo propia la opción preferencial y evangélica por los pobres y necesitados” (446 e)

2.3. La evangelización de la eucaristía y la eucaristía evangelizadora

Dijimos que no penamos que la generación de solidaridad en la eucaristía dependa, en primer lugar, de la preparación de la celebración eucarística. Sin embargo, este aspecto es muy importante. Dionisio Borobio en su manual sobre la *Eucaristía* dedica un apartado a la “Dimensión social de la eucaristía y de la misión”, de gran riqueza para ahondar en este tema. Este autor nos resulta inspirador en la atención que brinda a las oraciones y plegarias eucarísticas que reflejan de modo

¹⁴ El *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* dedica los nn. 529-530 a la ineludible asunción, por parte de la catequesis, de la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia y la animación del compromiso social de los fieles.

especial el “‘servicio social’ de Dios, realizado en Cristo y actualizado en la eucaristía”¹⁵. Pero, ante todo, en sus aportaciones sobre la eucaristía como objeto evangelización, así como sobre la dimensión evangelizadora de la eucaristía, de las que entresacamos las siguientes aserciones:

1. La eucaristía exige la evangelización, y es a la vez evangelizadora, porque emite, renueva, nos lleva a vivir mejor el evangelio en fe viva.
2. Esta evangelización se da desde su peculiar realización de las dimensiones de la misión: Palabra - Culto = alabanza - Caridad - Comunión, que deben tener un desarrollo armónico y equilibrado, cual ejemplo de aquello que debe suceder en el cumplimiento de la misión en la vida.
3. Es una evangelización que tiene tres momentos integrantes: el del «antes», «en», «después» de la celebración, en la medida en que implica una preparación antecedente (del presbítero, los servicios y ministerios, la comunidad entera), una pedagogía didascálica realizante (en el desarrollo y realización elocuente de las palabras y signos), y un compromiso evangelizador consecuente (en la prolongación del contenido eucarístico en la vida).
4. La eucaristía es centro y culmen de la evangelización (cf. SC 10), porque es centro del evangelio, de la Iglesia, de la vida cristiana y de la misión, y porque impulsa a vivir y a extender el evangelio dentro y fuera de la Iglesia.
5. El nivel y la forma propia de realizar esta evangelización en y desde la eucaristía es el “mista-gógico”¹⁶. Pues se trata de una evangelización desde la experiencia celebrativa, desde sus palabras, signos y símbolos, desde lo visible significante a lo invisible significado. Es toda la eucaristía, en sus diversos elementos y ritos, la que emite un mensaje evangelizador, pedagógico y didascálico, que nutre y alimenta la fe del pueblo celebrante (cf. SC 59).
6. Por todo lo cual podemos decir que la eucaristía es: a) Objeto de evangelización, en cuanto que es preciso hablar y catequizar sobre ella a los evangelizandos. b) Medio de evangelización, en cuanto que por las palabras, gestos, signos y símbolos de la eucaristía se está también evangelizando, con pedagogía mistagógica. c) Y meta de la evangelización, en cuanto que toda acción evangelizadora culmina en la celebración gozosa de la misma eucaristía¹⁷.

Finalmente, añadamos que en este programa evangelizador debemos cuidar muchísimo la incul-turación, lo que en nuestro caso no solamente tiene como referente una “cultura tica”, sino mu-chas “culturas y subculturas ticas”: las rurales y las urbanas, y estas, en cada una de las regiones.

¹⁵ Borobio, *Eucaristía*, op. cit.: 390-394.

¹⁶ Del griego: “ayuda para entrar en el misterio de Cristo”. /EAM

¹⁷ *Ibid.*, p. 400.